

guiente, una acción combinada de la transmisión cíclica de formas lingüísticas á través de la familia aria, según la teoría de las ondas, y de las influencias circunstanciales en cada pueblo, que determinaron frecuentemente la expansión lingüística conforme á la teoría de las ramificaciones. Y estas dos maneras de formación en la familia aria, han podido influir en todos los períodos de la existencia y formación de dicha familia, ya primarios, ya posteriores, porque las mismas causas han podido siempre determinar los mismos efectos en todo tiempo. Sin embargo, la *teoría de las ondas* aplicada al primer período indo-europeo en el cual aparecen dentro de la lengua madre múltiples formas dialectales, germen de lenguas futuras subsistentes, es no sólo admisible, sino manera de algún modo obligada de constituirse los idiomas, aunque la teoría de las ramificaciones tenga allí, lo mismo que en ulteriores períodos lingüísticos, su aplicación parcial y adventicia. Puede, pues, decirse en nuestra opinión, que la teoría de las ondas explica el procedimiento *regular* de formación en la familia aria, y la teoría de las ramificaciones explica la parte *excepcional*, que limita el procedimiento regular, pero que lejos de excluirse, completan el todo del cuadro genético de los idiomas indo-europeos.

Lit. u. Germ., combinación análoga de ambas teorías á la que nosotros indicamos, debido á las irregularidades que de hecho existen siempre en la marcha de los idiomas, y que justifican la intervención de las *ramificaciones*. Delbrack (*Einleitung* etc.) recuerda con razón la doctrina de Leskien.

Como la ramificación lingüística de Schleicher, la división de Fick (*Vergleich. Wörterbuch der I-G. Sprachen*), de Lottner (*Zeitschr. f. vgl. Sprachforsch.* VII), Scherer (*Zur Geschichte d. deutsch. Sprache*) y de otros, son impugnadas con las ideas de Schimidt, la opinión de éste resulta á la vez combatida por el mismo Fick (*Die ehemalige Spracheinheit des I-G. Europas*), por Jolly (*Z. für Völkerpsychologie*, etc. VII.), por L. Meyer (*Göttingische gelehrte Anzeigen*, 1873), y por otros varios. Nosotros no podemos menos de aceptarlas en combinación con la teoría de las ramificaciones, según queda dicho.

Las Fases Glotológicas.

IX

Las lenguas en los tres grupos glotológicos fundamentales. Extensión de cada grupo. Causa de dichas manifestaciones lingüísticas. La teoría de los *tipos fijos*. La teoría de las *fases* y su razón de ser. La permanencia de los tipos glotológicos. El problema de la evolución lingüística en indo-europeo. La existencia de la lengua madre y su desaparición. Su naturaleza polidialectal. El tipo del protoario comparado con el de los idiomas arios. Opiniones y consecuencias. La reductibilidad de los idiomas á la unidad. Diversos criterios, y observaciones. Las fases en orden á la unidad lingüística. El cálculo de Young sobre las probabilidades de que palabras semejantes en distintos idiomas tengan común origen. El proceso de clasificación glotológica. Tesis, antitesis y síntesis en los grados evolutivos de las lenguas. La expresión de conceptos en las lenguas isolantes. Diferencias fundamentales entre el monosilabismo y las lenguas arias. Diversas apreciaciones acerca del monosilabismo chino, y criterio que debe sostenerse. Lugar intermedio del tipo aglutinante. El tipo de conformación en las lenguas flexivas en su relación con las aglutinantes. Argumentos contra la evolución de *fases* y su crítica. El centro único en las lenguas y el poligenismo glotológico. Inversión poligenista de la divergencia y convergencia de las lenguas. Las conclusiones glotológicas en la materia y las doctrinas bíblicas. La reductibilidad ó irreductibilidad de las lenguas indiferente en el orden bíblico. El acontecimiento de Babel y amplitud de su interpretación. La extensión etnográfica en la confusión babélica supuesta su realidad lingüística. Doctrina más probable. La unidad ó pluralidad de lenguas antediluvianas. La lengua de los que tomaron parte en la obra de Babel. Si la confusión babélica ha de decirse ó no confusión de lenguaje, y opiniones sobre este punto. Conclusiones.

Reducidas las lenguas á los tres grupos fundamentales que se comprenden bajo los nombres tradicionales de *monosilábicas*, *aglutinantes* y *de flexión* (tres tipos lingüísticos como los tres tipos físicos) ofrécese ahora examinar cuáles sean las relaciones que entre dichos

grupos deben existir. Es indudable que las lenguas llamadas monosilábicas representan glotológicamente y siguiendo el orden de conformación y trabajo morfológico, el estado más rudimentario en el lenguaje, como las de aglutinación y de flexión, los estados intermedio y perfecto respectivamente con las varias gradaciones de que en otro lugar hemos hablado. Es igualmente cierto que las lenguas monosilábicas y las de flexión (los dos polos lingüísticos) son, topográficamente consideradas, las que ocupan menor extensión de la tierra. Las lenguas aglutinantes no sólo se extienden á mayor parte del Globo, sino que además exceden en número á las familias lingüísticas mencionadas (1).

Las causas que hayan motivado estas tres manifestaciones lingüísticas, ó sea la razón de su existencia, y la época de su aparición, son puntos que deben resolverse con subordinación á otros varios, en primer término al de la posibilidad ó imposibilidad de transformación en las lenguas de cada grupo.

Según algunos filólogos, las palabras monosilabismo, aglutinación y flexión, representan tres *tipos fijos*, que no admiten variación ni cambio substancial. Se fundan para creerlo así, en que los procedimientos fundamentales de una lengua (aglutinación, flexión) son parte de su naturaleza íntima, de tal suerte, que aquella al recibir palabras extrañas, las adapta y acomoda á su modo de ser gramatical, sin ajustarse jamás á éstas ó revestir

(1) Pero como hace observar Quatrefages (*L'espèce humaine — Caract. psychol.*), — la población no está siempre en relación con la extensión topográfica, ni por lo mismo puede medirse por el territorio el número de hombres que hablan una lengua, así sucede en nuestro caso que, según los datos estadístico-lingüísticos de d'Omalus y Maury, las lenguas de flexión son habladas actualmente por 536.900.000; las monosilábicas por 449.000.000; las aglutinantes por 216.550.000 solamente.

el carácter de la lengua de donde proceden; en que históricamente no puede presentarse un caso que pruebe el tránsito de uno á otro grado lingüístico, y, finalmente, en el hecho de que las lenguas chinas aparecen estacionadas en el monosilabismo sin dar muestras de progreso alguno.

Para otros muchos filólogos las lenguas monosilábicas, aglutinantes y de flexión, caracterizan solamente las tres grandes etapas históricas del humano lenguaje, en las cuales las circunstancias y el medio físico y social las ha detenido por mayor ó menor espacio de tiempo. De ahí la *teoría de las tres fases*, ó sea de la transición gradual de las lenguas, de monosilábicas á aglutinantes y flexionales. Fúndase esta teoría en la gradación que se observa en los antiguos idiomas de flexión, cuyas palabras ofrecen evidentes señales de una fusión incipiente é imperfecta, de un estado medio entre la aglutinación y la flexión; en la imposibilidad de determinar fijamente la cualidad de muchos idiomas por hallarse como en el período de transición de una á otra etapa; en el trabajo constante de descomposición lingüística que está siempre en razón directa de los progresos de la lengua en cuanto á la determinación de las formas y perfección de sus constitutivos: así, por referirnos á la lengua más perfecta del grupo ario, el sánscrito *védico*, aparece más abundoso en formas que el sánscrito clásico, pero presenta en su contextura algo parecido á las lenguas aglutinantes, que desaparece por completo en el clasicismo sánscrito; mientras en el primero la raíz y los elementos de relación llevan caracteres de yuxtaposición y los afijos conservan algo de individualidad, en el segundo aparecen perfectamente fundidos con la flexión. Invocan asimismo el principio del progreso psicológico que se nota en todas las operaciones humanas (y la lengua no deja de serlo), así como la facilidad de explicar de esta suerte la variedad lin-

güística dentro de una unidad, que responde á la unidad y variedad de la especie humana.

Como se deja ver, si bien es verdad que ninguna de las hipótesis mencionadas puede decirse llegue á una demostración precisa y completa de sus principios, porque ninguna puede ofrecer un cuadro de gradaciones lingüísticas en la materia, la teoría de las *fases* lleva muchas ventajas á su opuesta, y la creemos verdadera, no precisamente en cuanto se quiera significar con ella un riguroso escalonamiento en períodos de monosilabismo, aglutinación y flexión en las lenguas, ya que ni admitimos las nociones comunes de estos tipos lingüísticos, como hemos visto, ni aceptamos el exclusivismo absoluto de ellos entre sí, sino en cuanto como medios de expresión no específicamente diversos, pueden sustituirse mutuamente (sobre todo en lenguas no fijadas ya por una literatura y demás agentes externos) en la representación oral de la idea, por múltiples gradaciones intermedias, ya simultáneas, ya sucesivas, como es de ver en lo que dejamos apuntado al tratar de la morfología egipcia y de las diversas maneras de formación primitiva de las palabras en dicha lengua, perfectamente aplicables á las lenguas indo-europeas, á las semíticas y á otras muchas así africanas, como americanas y uralo-altaicas. En este sentido los hechos allí indicados referentes al camitismo, los que se observan en semítico, los que aparecen afines á la flexión en los idiomas altaicos siendo *aglutinantes*, y los que acusa la familia aria de aglutinación siendo *flexiva*, etc., corroboran de una manera harto decisiva la doctrina evolutiva á que nos referimos.

No será necesario hacer constar que el problema de la evolución de las lenguas, en cuanto hubo de plantearse con carácter científico y una vez reconocida la existencia de *familias* y de *truncos* lingüísticos, se ha convertido en el estudio de aquellas y de éstos al determi-

nar la gradación histórica de sus transformaciones. Dada la existencia de una lengua madre en indo-europeo, aparecía la cuestión de si habría de decirse existente aun entre las demás sus descendientes, ó si sustituida por éstas, había desaparecido; y en el primer caso, á cual de las que se conocen en la familia había de concedérsele aquella primacía. La corriente que en un principio prevaleció en favor de la existencia actual de la lengua madre, fué causa de que se señalase erróneamente ora el sánscrito, ora el zend, etc. como tronco indo-europeo, y de que en vez del parentesco *colateral* de todos estos idiomas, se admitiese un parentesco de *filia-ción*, como en otro lugar hemos visto: Doctrina fué esta que ulteriores estudios glotológicos se encargaron de hacer desaparecer para siempre de la Filología comparada, haciendo ver no sólo que á ninguna de las lenguas arias corresponde el título de lengua madre, siendo como son simplemente *hermanas*, sino que todas ellas son modificaciones de ese centro común que denominamos lengua madre, la cual ha desaparecido por lo mismo que todas la han llevado consigo al separarse, como también queda ya indicado.

Este modo de entender las relaciones de las lenguas indo-europeas con el protoario, que es, sin duda, el más legítimo, conduce desde luego á determinar si el tronco ó lengua primitiva de la familia aria ha de decirse lengua perfectamente compacta sin diferenciaciones dentro de ella, ó han de admitirse en el protoario variantes diversas no reducibles á esa unidad lingüística absoluta: Lo primero, opinión muy admitida entre los glotólogos, lleva á considerar los diversos idiomas de la familia como degeneraciones sucesivas desviadas de la forma originaria. Según ésto, y partiendo de que la heterogeneidad lingüística supone un principio homogéneo de donde deriva, los dialectos que constituyen la familia hubieron de aparecer progresivamente, siendo tanto

menos numerosos cuanto más nos acercamos al tronco de origen, como asienta Grimm, entre otros.

Lo segundo nos conduce á reconocer en el protoario la coexistencia de múltiples formas dialectales, las cuales si bien dentro de un tipo general á todas ellas, representaban modalidades diversas, de donde surgieron al separarse aquellos dialectos, las variantes de idiomas que hoy constituyen la familia, y que habiéndose originado en un núcleo común, contribuyeron al crecimiento general de una manera recíproca, por una prestación mutua, que hacía se formasen á un tiempo la lengua madre indo-europea, y los dialectos (más tarde lenguas) indo-europeos, los cuales eran en realidad los constitutivos del *todo* de dicha lengua madre, mientras se conservaron dentro de una norma de unidad típica, bastante para que pudieran las variantes subordinarse á un mismo cuerpo glotológico.

Esto es lo más verosímil y aceptable, como hemos dicho al tratar de la *teoría de las ondas*, y lo que aparece más conforme con la realidad de los hechos; los cuales de una parte nos hacen ver en todas las lenguas en general la coexistencia de variantes dialectales que subsisten con cada idioma, nacen con él y al mismo tiempo lo integran en su propio ser, sin que tengamos motivo alguno para exceptuar de esta ley al protoario. De otra parte, como también queda observado, existen indicios positivos de este polidialectalismo primero, al mismo tiempo que no existe una sola lengua aria representante *exclusiva* de su propio tipo, como debiera acontecer si no hubieran todas recibido mutuo influjo en el seno de la unidad común, y fuesen producciones independientes y aparecidas fuera de la lengua madre. De aquí la penetración de semejanzas en las diversas ramas de la familia, y la imposibilidad de aislarlas entre sí de una manera concreta; de aquí también que las lenguas indo-europeas, al mismo tiempo que constituyeron la *lengua*

madre antes de su total *individuación*, la llevasen consigo haciéndola desaparecer al aislarse cada ramificación y adquirir carácter peculiar.

Pero dada la coexistencia de múltiples formas dialectales antes de romperse la unidad indo-europea, queda aún por resolver otro problema general que, como todos los de su índole, comenzaron por plantearse en concreto sobre la familia aria. Es el de la forma y tipo del protoario comparado con el tipo y forma de las lenguas que hoy conocemos de estirpe ariana, ó sea determinar si fué una misma la estructura del protoario con la actual de las lenguas arias, ó si debe admitirse entre uno y otras diversidad morfológica. Los que niegan la posibilidad de transformación por *fases*, vense obligados á admitir que la lengua primera de la familia fué idéntica á las actuales, y que las actuales representan la estructura primera de cada una de ellas y de todo su conjunto.

Los que admiten la evolución por *fases* no identifican la forma del estado actual en las lenguas arias con la del protoario, aunque no distinguen entre la forma del protoario y la de las lenguas arias en su constitución primaria; admiten, pues, la posibilidad de una transformación que cabe desde la forma isolante ó del monosilabismo hasta las variantes de la flexión, entre la estructura originaria de la familia y la que actualmente la caracteriza.

Pero por cuanto la verdad histórico-lingüística no ha de acomodarse á la teoría, sino que, á la inversa, la teoría debe aquí apoyarse en la realidad de los hechos, es menester partir de éstos y no de aquella, es necesario examinar los fenómenos morfológicos arios para decidir sobre la naturaleza de las lenguas que constituyen. Y éstos desde luego no permiten dudar de la evolución de dichos idiomas, y cualquiera que sea la opinión que se admita acerca de la reductibilidad ó irre-

ductibilidad de la gramática aria, nadie puede poner en tela de juicio, ante las demostraciones de la Filología comparada, que en las lenguas indo-europeas aparecen por doquiera la acción transformativa de sus elementos, y que la flexión no es obra repentina formada en un momento, sino resultante de elaboraciones morfológicas lentas y sucesivas. A demostrarlo ha consagrado Curtius, entre otros, sus esfuerzos en su célebre *Cronología*, cuyas aseveraciones hemos impugnado en otro lugar, pero reconociendo como inconcuso el principio evolutivo que presupone, y que se refleja en la general contextura indo-europea. Dada, pues, la verdad de esta transformación, la teoría de las *fases* tiene sólido fundamento aplicada á la familia aria, siquiera hayamos de admitir que los caracteres peculiares del tipo flexivo no pudieron dejar de manifestarse desde la época misma del protoario, consolidándose después del fraccionamiento dialectal de la lengua madre, de suerte que en nuestro sentir, la forma de un monosilabismo más ó menos acentuado indo-europeo, (decimos *más ó menos* porque los exclusivismos de *tipo* en cuanto posibles, son resultado de un avance en la gradación que representan, sea de un monosilabismo, sea de completa flexión) cae ya fuera del tronco relativo á esta familia, en el precedente *preario* que indudablemente enlaza con los orígenes del tronco ario, desde donde comenzamos á constituir el núcleo de las lenguas llamadas indo-europeas, por lo mismo que nos atenemos exclusivamente á los caracteres que hoy le son peculiares, y que por ser característicos no podemos traspasar sin colocarnos fuera de la familia por ellos constituida. El protoario, pues, sin dejar representar un grado evolutivo en las fases lingüísticas, aparece ya, como tronco glotológico, en la esfera *aglutinante-flexiva* (entendidas ambas nociones según dejamos explicado) capaz de la ulterior consolidación que llegaron á adquirir sus formas dialectales

al hacerse independientes. Así tiene fácil explicación la objeción por algunos propuesta y que puede reducirse al dilema que Renán formulaba: O el tránsito de una fase á otra tuvo lugar después de la expansión aria, ó antes de ella; si después, ¿cómo explicar la manera uniforme de constituirse lenguas que se suponen desarrolladas independientemente, y que guardan, no obstante, el más íntimo paralelismo? Si antes, ¿cómo explicar que repentinamente y en pocos años haya atravesado la familia aria más fases y evoluciones que después en los siglos que lleva de existencia? Por cuanto las lenguas arias constituían como formas dialectales en el protoario, según queda dicho, y lo llevaron consigo al separarse, tenemos que la manera uniforme de constituirse la familia, es consecuencia obligada del modo de ser común en su origen, así como las diferencias típicas que se observan, son fruto natural de la separación en cada rama desprendida de la unidad primera. Y por cuanto el tronco ario comenzó á constituirse como tal tronco, ó mejor, comenzamos á contarle constituido partiendo de la fase aglutinante-flexiva que deducimos del tipo ario actual, y por otra parte la separación ha hecho consolidar las formas de los miembros aislados, de ahí que se explique también por qué las lenguas de la familia se presentan como estacionadas desde há largos años en una fase, en la cual entraron en pocos relativamente, ya que no se cuentan los correspondientes á la época prearia en la elaboración de sus precedentes.

Por lo demás, aunque no fuera dado presentar una explicación satisfactoria al caso, no por eso dejaría de verse bien claro que el dilema indicado envuelve sofisma; porque de ser legítimo en sus extremos, sería necesario concluir ó que no existen lenguas arias, si para su existencia se creen necesarias las *fases*, ó que las lenguas arias han aparecido de un golpe en el mundo tales

como las hallamos, si se rehusa admitir dichas *fases*. Extremos ambos, como se ve, que el buen sentido comienza por mantener á distancia. Dicho se está que llegándose en el último supuesto á la negación del tronco ario común, además de la falsedad absoluta de declarar la flexión completa en el momento mismo de aparecer las lenguas indo-europeas, y sin gradaciones en su adquisición, se tropieza con la misma que se señala en el primer miembro del razonamiento antes citado; porque es tan innegable el parentesco y correspondencia de formas en indo-europeo, como es inexplicable su existencia suprimido un centro relativamente primero que únicamente puede dar la razón de ese inquestionable fenómeno (1).

(1) La permanencia estacionaria que se presume en algunas lenguas tiene mucho de imaginario y subjetivo; en el orden histórico se nos ofrecen multitud de idiomas sin fase definida y con muy varia gradación, hecho que ha decidido también á antropólogos como Topinard (*Anthropologie*) y Quatrefages (*L' espece hum.*), y á otros muchos, á aceptar la teoría de las fases; por otra parte glotológicamente no puede demostrarse la incapacidad de ninguna lengua para pasar al grado de otra más perfecta. Suele presentarse el chino como tipo de inmovilidad reconocida, y es esta equivocación tan generalizada como digna de ser deseada. A ello, creemos, ha contribuido poderosamente el error de Humboldt que nos da la regla de *posición* de palabras, como medio único de expresar la relación ó la forma en la lengua china; error que encontramos reproducido por Steinthal, por Schleicher y por todos los que de ellos han tomado los datos para la calificación filológica del chino, que son los más. La gramática china, como haremos constar más adelante, tiene elementos de relación para expresar las ideas como las demás lenguas existentes; si se vale de la *posición* de las palabras para acentuar su significación, no es ese el medio exclusivo ni siquiera el principal en dicha lengua. Dicho se está que con esta observación cambia por completo el carácter del idioma en lo que hace á una posible transición, quedando reducida su estabilidad á razones de circunstancias, y por consiguiente de condición eventual puramente.

La existencia de troncos *peculiares á cada familia lingüística*, como se ve por las nociones atrás dadas acerca de ellos, de las familias lingüísticas, etc., no es una cosa de carácter absoluto, sino de condición muy *relativa*, y á ellos por hipótesis atribuimos subsisten-

¿Y qué habrá de decirse del tan discutido problema de la reductibilidad de idiomas á la unidad? Sin ser completamente idéntico con el anterior este problema, y debiendo en todo caso aparecer como un corolario de aquel, se ha llevado preferentemente la atención de los cultivadores de los estudios lingüísticos y de otros muchos. Las exposiciones y sentencias de los filólogos, y los razonamientos y juicios de políglotas y hombres doctos sobre este punto, bastarían para llenar por sí solos un volumen de más que regulares dimensiones. El fué ocasión de las antiguas clasificaciones lingüísticas, objeto de controversias entre filólogos y comentaristas, argumento invocado por poligenistas y monogenistas para sostener sus opuestas doctrinas; en su examen se han ocupado los más célebres representantes de la glotología europea, y con mayor ó menor esperanza de éxito, han emprendido estudios comparativos de los más remotos idiomas de las familias lingüísticas: en él y por él han tenido origen los diversos métodos de clasificación filológica que conocemos; muchas hipótesis sobre la interpretación bíblica de la confusión de Babel y no pocas controversias, acerca de los grupos de idiomas que han de ser admitidos.

Sin embargo, fuerza es reconocer que los resultados obtenidos están muy lejos de guardar proporcional relación con los esfuerzos de actividad intelectual que ellos representan.

cia peculiar, abstrayéndolos de todo otro centro superior que pudiera hacerlos desaparecer. Son tales troncos en parte un corolario de las demostraciones filológicas, y en parte un postulado de la síntesis científica para descubrimientos posteriores; no es, pues, lógico argüir contra la unidad primitiva del lenguaje sobre bases imaginarias de incompatibilidad (que tampoco podría ser evidenciada) de troncos particulares. "Los problemas que ofrecen la formación de lenguas antiguas, dice Thurot, son de la especie de aquellos que los matemáticos llaman indeterminados y tienen más incógnitas que ecuaciones." En los mismos pensamientos abundan, entre otros, los *Ensayos filológicos* de Key, (capítulo *Dudas de un no sanscritista*). Sin embargo, conviene no olvidar la advertencia de Fick: "Sin duda que la unidad indo-europea es una hipótesis (dice en su *Unidad Indo-germánica*), más semejante á la de la revolución de los planetas al rededor del sol. Es una suposición que nos da cuenta de ciertos hechos de otra suerte inexplicables, y que por consiguiente, mientras otros hechos no la desmientan, puede ser considerada como la verdad misma."

Mientras unos estudian las diversas familias lingüísticas y llevan sus investigaciones analíticas hasta los últimos elementos de los idiomas menos conocidos para concluir que son éstos reducibles á un tronco común, otros sostienen con igual tesón y empeño conclusiones diametralmente opuestas, á las cuales creen poder llegar utilizando los mismos medios. Entre estos figuran en primera línea Schleicher y Federico Müller (1), á quienes siguen, entre otros, Sayce, Hovelacque, Chavée, la Calle, etc. Sus afirmaciones, más que resultado de las investigaciones lingüísticas, son fruto de ideas preconcebidas sobre la naturaleza del hombre y su origen, ajustadas á los principios darwinianos en casi todos los partidarios del poligenismo glotológico. Sin ello, es absolutamente imposible á ninguno de dichos filólogos llegar á la conclusión de la pluralidad primitiva de las lenguas por las divergencias actuales. Los idiomas,

(1) "Eine allgemeine Ursprache für alle Sprachen anzunehmen ist unmöglich, es gab vielmehr zahlreiche Ursprachen. Dies ergibt sich aus der vergleichenden Betrachtung der noch jetzt lebenden Sprachen der Erde mit Sicherheit." (Schleicher, *Vergl. Comp., Einleit.*; lo mismo sostiene en su *Die deutsche Sprache*).

F. Müller, aunque sostiene igual doctrina (*Grundriss d. Sprachwiss. I*), reconoce la independencia del problema de la unidad de origen en el hombre, de la unidad ó multiplicidad de estirpes lingüísticas. "Man hat, dice, diese Frage, welche schon seit langer Zeit die Geister lebhaft beschäftigte, bis auf die neueste Zeit mit der Frage über den Ursprung des Menschen überhaupt und die Art-Einheit oder Art-Mehrheit desselben zusammengefasst und sie mit derselben für identisch gehalten ohne jeglichen Grund."

Con todo la Calle no duda afirmar de una manera tan absoluta como irracional (*La Gossologie etc.*), que "la linguistique conclut á la pluralité originelle des langues et conséquemment á la pluralité originelle des races humaines." Con análoga lógica discurren Hovelacque en *La Linguistique*, y Chavée en su *Moise et les langues*. Este había antes publicado, al romper con la ortodoxia, un art. en la *Revista de Ling.*, encaminado á probar "La pluralidad originaria de las razas humanas demostrada por la diversidad de los organismos silábicos." Está tan lejos de probar lógicamente su tesis, que con razón Moigno le hizo ver que sus teorías lingüísticas pudieran caber en las escuelas ortodoxas. Lo mismo puede decirse de los demás, que deducen consecuencias, cuyas premisas no han puesto. Sayce llega á afirmar que existen setenta y seis grupos de lenguas irreducibles, y que éstas son siempre privativas de cada pueblo (Cf. *The Principles etc.*)

queda dicho ya y no puede negarlo nadie, no guardan conformidad con las razas; no existe tipo alguno lingüístico que caracterice á ninguna de las divisiones del linaje humano que admite la Antropología, de suerte que se conserve como distintivo en cada una; por el contrario, todas las formas de lenguaje pueden ser aprendidas y habladas por toda raza, y una misma lengua usada por razas diversas. Los tipos lingüísticos son susceptibles de transformación, y las formas de una lengua no sólo se cambian, sino que llegan á desaparecer totalmente, presentándose muy distanciadas de *sí mismas*, en épocas distintas; al mismo tiempo, no existe grupo alguno lingüístico que por la materia ó por la forma, ó por ambos conceptos, no tenga puntos de semejanza con otros. La falta de lógica, pues, que se cometería declarando á cada lengua independiente de sus *formas anteriores* del tronco respectivo, sólo por no ser éste conocido, es análoga á la que se comete juzgando troncos independientes, ó unidades lingüísticas sin identidad de formas en tiempo alguno, los grupos que no aparecen hoy positivamente eslabonados, cual si por ello jamás pudieran estar subordinados á centros superiores de unidad glotológica, cuyas formas comunes no puedan rehacerse á través de las diferenciaciones sucesivas (1).

(1) Wiseman en sus *Discursos*, y el ab. Moigno en los *Esplend. de la Fe*, han reunido los testimonios de distinguidos filólogos en orden á la unidad primitiva del lenguaje. Alejandro Humboldt y J. Klaproth, Herder y F. Schlegel, Abel Remusat, Niebhur, Balbi, etcétera, hánse declarado en términos muy explícitos por la unidad primitiva de todos los idiomas existentes, según es de ver en los libros mencionados. Su dictamen, desde que la Ciencia del Lenguaje se ha desarrollado, está muy lejos de perder probabilidades; y los trabajos de aproximación realizados, algunos de los cuales quedan indicados, y otros lo serán adelante, son confirmación clara de ello. Menester es, sin embargo, reconocer que los procedimientos antiguos, ya el *etimológico* ya el *gramatical*, como los distribuye Wiseman, no eran suficiente garantía para las conclusiones sustentadas. Klaproth, por ejemplo, en su afán de reducir las lenguas á la unidad, crea con frecuencia monosílabos que él llama raíces, y no sólo descubre así parentescos lingüísticos imaginarios, sino que agrupa los sonidos por reglas de analogía externa, considerándolos como variantes de una misma palabra. Al disminuir de esta manera el número de palabras distintas, hace aumentar la probabilidad de